



## Buenas escuelas, un regalo para el país en su Bicentenario

El sector público y privado se unió para mejorar el aprendizaje en primarias públicas desfavorecidas. Hoy participan 40 escuelas y en 2008 serán 100.

Por Liliana Moreno

“¿Por qué no armar un proyecto de mejora escolar concreta? En vez de decir lo que hay que hacer, hacerlo”, preguntó Silvina Gvirtz, directora de la Escuela de Educación de la Universidad de San Andrés, frente a interlocutores diversos. La respuesta fue “Escuelas del Bicentenario”, un proyecto que se propone mejorar las condiciones para el aprendizaje en escuelas públicas concretas y sistematizar esta experiencia en “un modelo de mejora escolar” que sirva a las políticas públicas a gran escala. Con el fin de las clases se cierra el primer año de su puesta en práctica.

“La idea es darle un regalo al país en sus bicentenarios, los de 2010 y 2016 – dice Gvirtz, su directora general -. Y qué mejor que hacer lo que los padres de la patria querían: darle buenas escuelas”.

Imbuido de este espíritu fundacional nació “Escuelas del Bicentenario”, un proyecto del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación (IIPPE/UNESCO) y la Escuela de Educación de San Andrés, con el que colaboran CIPPEC, la Fundación Lúminis, CEPAL y el Centro de Estudios Sobre Nutrición Infantil (CESNI). Tiene el apoyo de los ministerios nacional y provinciales de Educación y lo financian una treintena de empresas, la mayoría de la Asociación Empresaria Argentina.

La bajada del proyecto a tierra se inició a principios de 2007 en 20 escuelas, hoy llegan a 40 – con lo que abarcan a alrededor de 20 chicos -, y la aspiración es alcanzar 100 en 2008. “Las destinatarias – explica Ángela Oría, directora ejecutiva – son escuelas primarias públicas de todo el país que reciben chicos de sectores desfavorecidos. Y el trabajo en cada una dura cuatro años. Decimos que el proyecto actúa como una suerte de andamio porque una vez retirado la escuela debe continuar con su mejora. Es decir, apuntamos a dejar capacidades instaladas en cada localidad”. Otro desafío para el año próximo es abarcar un solo “desembarco” todas las escuelas de un distrito: la experiencia piloto arranca en la bonaerense Carlos Casares.

Hoy el trabajo se lleva adelante en escuelas de Tucumán (en San Miguel y Cruz Alta), Chaco (en Barranqueras), Corrientes (en Corrientes), Buenos Aires (en Campana y Pilar) y Santa Cruz (en Las Heras y Caleta Olivia). “Como buscamos convertir esta experiencia en política pública tomamos jurisdicciones diferentes”, explica Gvirtz. La elección de las escuelas resulta del cruce de datos: la información de los ministerios locales con el “índice de vulnerabilidad” de la



Encuesta Permanente de Hogares y los resultados de los operativos nacionales de Lengua y Matemática.

Durante los cuatro años previstos se trabaja sobre cuatro líneas de acción: mejorar las condiciones de salud de los chicos, la gestión de las escuelas, el desarrollo de las principales áreas académicas y la formación de los futuros docentes. Gvirtz les da contenido a grandes rasgos: "Creemos que la escuela debe ser articuladora de otras políticas sociales, de ahí la idea de incluir la salud. El CESNI diseñó una libreta sanitaria para hacer un seguimiento de la salud de los chicos y las derivaciones necesarias. En lo académicos trabajamos en Matemática, Lengua y Ciencias Naturales porque queremos ayudar a las escuelas en su núcleo básico de contenidos. Con los directivos apuntamos a mejorar el rendimiento interno de las escuelas y nos proponemos mejorar la capacitación de los futuros maestros a través de los Institutos de Formación Docente locales". La modalidad es que los equipos centrales de "Escuelas del Bicentenario" formen equipos locales que a su vez trabajen en las escuelas de su localidad. El andamio, como se dijo, que deja la "capacidad instalada". Otro recurso estratégico es el trabajo en red, sumar a todos los posibles, desde empresarios hasta ONGs y funcionarios. Cerrar aún más la trama para que llegado el momento de la "partida" sean muchos los que lo sostengan. Y si demuestra su eficacia sirva a las políticas públicas.

"El sistema educativo – observa Gvirtz – tienen tradicionalmente un alto nivel de exclusión; expulsa chicos a través de las repeticiones y la deserción. Para estos excluidos se diseñan políticas compensatorias que trabajan sobre la reparación del año hecho. Nuestra idea es prevenir, evitar el daño. Nuestra lógica de política pública es crear un sistema que estructuralmente genere justicia frente al actual que produce inequidad".

La experiencia de "Escuelas del Bicentenario" en Campana

"Lo que más me gusta de mi manual es que es mío y tiene mi nombre"

Lo confesó uno de los 1600 chicos de esta localidad que por primera vez tuvo un libro propio. En las cuatro escuelas aumentó el porcentaje de alumnos que pasaron de grado.

Una buena escuela – define Silvina Gvirtz, directora general de "Escuelas del Bicentenario" – es aquella donde todos ingresan, aprenden, disfrutan del conocimiento y pueden aplicarlo. Todos se gradúan en tiempo y forma y siguen con éxito el nivel siguiente". Este es el objetivo de máxima y nadie espera milagros. Pero ¿cuánto pudo avanzarse en este primer año de puesta en marcha?

En la localidad bonaerense de Campana – que visitó Clarín -, el proyecto del Bicentenario se lleva adelante en cuatro escuelas con 1600 chicos. Según la Encuesta Permanente de Hogares registran un "índice de vulnerabilidad" social



que va del 52 al 86 por ciento. En otras palabras: chicos que trabajan, padres sin trabajo, padres ausentes, niveles altos de repitencia y deserción...

Las clases terminaron el viernes y por ahora los únicos datos disponibles son los porcentajes de alumnos aprobados. Mientras en 2006 en la Escuela 19 aprobaba el 57%, este año, el 74%; en el mismo período en la Escuela 21 pasaron del 77 al 83%, en la Escuela 29 del 72 al 78% y en la Escuela 20, del 79 al 82%.

“La importancia de este indicador es que sirve para proyectar la tasa de repitencia, una variable crítica para el rendimiento interno de las escuelas y, fundamentalmente, para la experiencia escolar de los chicos. Y percibimos mejoras notorias en los cuatro casos”, observa Ángela Oría, directora ejecutiva del proyecto.

Otros indicadores se obtienen *in situ*. “Somos una escuela olvidada y cuando nos dijeron que había un proyecto para nosotros lo abrazamos con entusiasmo”, dijo la directora de la 20, María Luisa Orbelli, una de esas maestras de vocación que cualquiera desearía para sus hijos. Miriam Persiani, vicedirectora de la 21 agregó: “Una de las cosas más valiosas de esta propuesta es que no llegó para desechar lo que había sino que se adaptó a las características de la escuela y de las maestras y le dio un gran impulso a nuestro trabajo”. Dos opiniones que, con otras palabras, se reiteraron en el recorrido.

También los logros y el entusiasmo. “Los chicos tenían la autoestima muy baja, les daba miedo equivocarse en Matemática. Ahora intentan y se arriesgan”, describió Nancy Lugo, maestra de tercer grado de la Escuela 29. “Resuelven las cuentas de otra manera, razonan. Les gusta Matemática”. Agregó Viviana Carboni, maestra de la 19. Algo parecido, dijeron, pasa con Lengua.

¿Causas? Horacio Itzcovich y María Elena Cuter con los coordinadores nacionales de las áreas de Matemática y Lengua, respectivamente de “Escuelas del Bicentenario”. Pero no se trata de cualquier Matemática o cualquier Lengua, y esto es parte del corazón del proyecto.

Antes de empezar con el trabajo concreto se hizo un diagnóstico del rendimiento académico de los chicos. Se evaluó cuarto y sexto grado para tener un punto de partida. Y en Campana como en el resto del país se detectaron problemas similares. De ahí las propuestas. En Lengua se aspira a que los chicos puedan ser lectores y escritores críticos, puedan usar el lenguaje escrito para progresar como estudiantes y elegir y disfrutar de la literatura. En Matemática se detectó que gran parte de los chicos saben hacer algunas cuentas, pueden llevarse más o menos bien con los números pero no siempre identifican cuándo usar lo que saben. Y allí está el gran desafío: enseñarles a asociar y a tomar decisiones más o menos autónomas.

Estos contenidos llegaron a las escuelas de la mano de libros de cuentos para que circulen y puedan llevarse a la casa, de manuales, compases y calculadores,



uno para cada uno. Y los chicos se pusieron locos. Locos de contentos. “Antes les repetíamos ‘Chicos lean el fin de semana’, pero recién este año podemos sostener las palabras con los hechos. Logramos instalar el libro, algo que para una escuela es central”, dijo Persiani.

“Nunca habían visto una calculadora. No fue sólo cuestión de enseñarles a usarla. Cuando supieron pedían más cuentas. Yo no lo podía creer”, contó Carboni.

¿Qué dijeron ellos? “A mí lo que más me gusta de mi manual es que tiene mi nombre y es mío”, confesó sin pudor Miriam, de 10 años. Joaquín, de ocho, se largó a leer su propia versión de las aventuras de Pinocho. “...En la casa del hada Pinocho piensa ir a buscar a su padre...le roba la bici a un amigo...se cae de la bici y se quedó pegado con un chicle...Arlequín venía manejando...”.

Fuente: Clarín, 12/2007.